

A los padres y las familias de nuestros alumnos

Esta vez deseo compartir con ustedes tres percepciones.

- **Una “nueva” palabra.**

Es la palabra “empatía”. Lo sé. No es nueva. Ya existía. Pero admito que antes de este año nunca la había usado tantas veces. El diccionario la define como *participación afectiva de una persona en una realidad ajena a ella, generalmente en los sentimientos de la otra persona*. Empatía es poder ponerse en los zapatos del otro. Empatizar es tratar de entender que el otro también está pasando por lo mismo que yo o... por vaya a saber qué batallas.

Y digo que como nunca he usado esta palabra, porque por todas partes saltan ejemplos de empatía y uno se alegra, como también de falta de empatía y eso duele o al menos resulta chocante. En lo personal debo reconocer que muchas veces me cuesta empatizar. Por una sumatoria de cosas me pongo demasiado “al centro de todo” y me molesta mucho que las cosas no salgan como espero o el simple hecho de que otros tengan otro ritmo o velocidad distintos al mío.

Simpatía y antipatía son sensaciones que surgen más espontáneamente, y depende de uno cómo las canaliza o maneja. En cambio, poder reaccionar con empatía para muchos ha supuesto también un cierto esfuerzo, un propósito por crecer en ese aspecto. En las situaciones en que me descubro menos empático, probablemente deba poner un poquito más de esfuerzo.

- **La asignatura pendiente.**

En el diálogo con infinidad de padres en este tiempo salta enseguida la preocupación de todos por “los contenidos que los chicos no recibieron; los aprendizajes que no pudieron lograr”. Pero al mismo tiempo aflora también otra preocupación que no es menos importante. La preocupación por lo emocional, por lo afectivo, lo vincular.

Quizá las pérdidas en el área de los *conocimientos* puedan en algún momento ser subsanadas. Pero las marcas que van quedando en el mundo de las *emociones* supondrán sin duda un desafío mayor.

La niñez, la adolescencia, la incipiente juventud de nuestros hijos de una u otra manera quedan marcadas por esta experiencia. Creo que nos llevará algunos años poder procesar todo lo que esta pandemia está realmente significando para nuestros hogares, nuestro mundo interior de adultos, nuestras relaciones con otras personas.

No niego que esta coyuntura está provocando nuevas oportunidades y para muchos hubo aprendizajes distintos y superiores al meramente escolar. Pero deberemos hacernos cargo también del grado en que quede condicionada nuestra salud física, psíquica y emocional. De nuevo, se volverá sumamente indispensable la empatía. Y la humildad. Y la caridad.

- ***Hubiera querido filmarlos.***

Hace unos meses, cuando todavía el templo parroquial permanecía cerrado y de repente se pudo abrir de nuevo, me tocó recibir, escuchar a muchas personas. Una tarde se acercó una mujer muy joven, madre de 2 pequeños. Me comentó su alegría de poder entrar de nuevo a la iglesia después de casi 3 meses. Rezamos juntos y le di la comunión. Recibió a Jesús Sacramentado. Me impactó su emoción, su gratitud. Su rostro quedó radiante.

En otro momento fue un muchacho, creo que ya es estudiante universitario, que se acercó a confesarse. Al inicio y al final dijo lo mismo: *“extrañaba tanto, pero tanto esta posibilidad!...”*.

Mientras yo pronunciaba la absolución para él, por dentro me sentía de verdad muy pobre o pequeño, o mejor, muy frío o como apagado en mi fe. Uno puede tener las ideas muy claras, incluso ser sacerdote, pero lo que cuenta es el fuego que arde en nuestro corazón.

Cuando yo repaso los rostros de aquella madre y de ese muchacho, allí es cuando me digo: *“hubiera querido filmarlos”*. Pero sobre todo quisiera experimentar esa convicción y ese ardor con que ellos entraron a la casa de Dios.

Alguna vez me dijeron que debo cuidar de la fe como se cuida la fogata de un campamento por la noche. Atentos a que no se apague, no se lo deja de alimentar con ramitas y reubicando las brasas. Y es cierto. La pasión que podamos sentir por Dios es como ese fuego, y entonces no se puede dar uno el lujo de ser descuidado.

Un abrazo a sus chicos! y mi recuerdo en el rosario de cada noche por ustedes y sus hogares.

aamaya@sanjoseosario.com.ar


P. Ángel Amaya SDB
Padre Director

130 AÑOS

Formando buenos cristianos y honestos ciudadanos